

## EL ZAHIR EN LOS RELATOS DE JORGE LUIS BORGES

*Andrés Forero*

Los relatos de Jorge Luis Borges se caracterizan por indagar acerca de los límites del conocimiento, la existencia de Dios y su analogía con el Universo, los desvaríos del infinito y una búsqueda de respuestas en el idealismo a esos interrogantes. El filósofo español Juan Arana sintetiza con claridad las imbricaciones de estos temas en la obra del autor argentino, al afirmar que el mundo para Borges está regido por una rigurosa determinación en la que todo implica todo y en la que nada puede ser considerado ocioso. De esta forma, de acuerdo a Arana, cualquier suceso por insignificante que parezca puede llegar a desatar trastornos más allá de lo imaginable, puesto que el elemento más pequeño del mundo presupone el todo y viceversa.

Teniendo en cuenta esta visión de fondo enunciada por Arana se va a examinar la presencia del elemento del Zahir en la obra de Borges, concentrando la atención en primera instancia en el cuento que introduce el concepto en *Ficciones*: "El Zahir." Posteriormente se pasará a revisar otros tres relatos del autor argentino: "Deutsches Requiem," "El libro de arena" y "Tigres azules," en los cuales, más allá de que no se menciona directamente al Zahir, se puede apreciar de una u otra manera los rastros de este elemento, el cual ejemplifica adecuadamente la idea de Arana con respecto a la determinación presente en el universo literario de Borges.

“EL ZAHIR” (1947)

El Zahir es un objeto cualquiera. En otras palabras, un objeto cualquiera puede ser un Zahir, pues la esencia del Zahir no radica en el objeto sino en el sujeto, en su relación particular con un objeto que ataca su memoria, le quita su libertad y lo condiciona. El Zahir en este relato es una moneda argentina de veinte centavos acuñada en 1929. Pero, de acuerdo al relato, pueden ser también Zahires: un tigre, un ciego, un astrolabio, una brújula o una veta de mármol. Borges nos cuenta que el ciego fue lapidado y el astrolabio arrojado al fondo del mar. Por tanto, el Zahir debe ser alejado o destruido.

El Zahir tiene la propiedad de transformar al que lo observa o lo posee, como nos lo cuenta el narrador: “Hoy es el trece de noviembre; el día siete de junio, a la madrugada, llegó a mis manos el Zahir; no soy el que era entonces pero aún me es dado recordar [...] Aún, siquiera parcialmente, soy Borges” (630). La actriz Teodelina Villar había muerto el día anterior, y el narrador confiesa haber estado enamorado de ella y estar afectado por su muerte. Parecería que el destino, a la salida del velorio, hubiera decidido el deambular del protagonista, el encontrar un almacén abierto a las dos de la mañana por la presencia de tres hombres que jugaban al truco, el deseo de tomar una caña de naranja, “en el vuelo me dieron el Zahir; lo miré un instante; salí a la calle, tal vez con un principio de fiebre” (632). Desde ese momento, la mente del personaje no puede sustraerse a la obsesión de la idea de la moneda.

El Zahir hace rechazar cualquier otra idea, porque su objeto es negar al mundo, eliminarlo de la mente del sujeto. El narrador decide alejarse de su Zahir, deshaciéndose de la moneda, pues intuye que su poder lo ejerce con su presencia y que la distancia lo mitiga. Sin embargo, el narrador no es consciente de que el Zahir opera en la mente como un agujero negro que lo devora todo.

Mientras tanto, el narrador trata de entretener su mente mediante la escritura de un relato fantástico, para huir del Zahir interior. No obstante, el personaje del relato que escribe ha degollado a su padre y es el guardián de un tesoro, el de los Nibelungos. El

Zahir ha tomado la imagen de dicho tesoro a cuya custodia dedica su vida el personaje. El narrador lucha infructuosamente por olvidar el Zahir, lo que lo lleva a consultar a un psiquiatra y a adquirir un libro que contiene todo lo relativo a “la superstición del Zahir,” detalle que refleja el alcance de la obsesión. Aprende que “*Zahir*, en árabe, quiere decir notorio, visible [...] [y que] la plebe, en tierras musulmanas, lo dice de ‘los seres o cosas que tienen la terrible virtud de ser inolvidables y cuya imagen acaba por enloquecer a la gente’” (634). En el libro se entera de que “no había criatura en el orbe que no propendiera a Zaheer, pero que el Todomisericordioso no deja que dos cosas lo sean a un tiempo” (635), así como también de que siempre hay un Zahir. En el momento y lugar en que vive el narrador, el Zahir ha asumido la forma de la moneda, lo cual se corrobora con la mención de que Julia, hermana menor de Teodelina, y un chofer ya han sufrido de esa obsesión enfermiza con la misma imagen que ahora atormenta al protagonista.

El poder del Zahir sobre la memoria, la conciencia y la imaginación, es decir, sobre todo el tiempo de la mente, se incrementa con el transcurso de los días porque invierte el mecanismo del olvido y atenúa la intensidad de las percepciones de los demás objetos. Con ello el Zahir se convierte en la única experiencia vital anulando al mundo y al yo: las acciones del sujeto obedecen al capricho del Zahir o desaparecen llegándose a su mera visualización mental, de ahí la apariencia que el sujeto da de locura o santidad. Si la comprensión, mediante ideas y sentimientos, lógica y experiencia, constituye al hombre como ser-en-el-mundo y posibilita su accionar, el Zahir, al destruir toda posibilidad de conocimiento y de acción libre, cosifica al hombre y lo destruye.

El protagonista es consciente de que es imposible escapar al Zahir, y prevé su propia locura y su desintegración. Ante esto, la única esperanza que queda es la del olvido, por ello el relato concluye así: “Quizá yo acabe por gastar el Zahir a fuerza de pensarlo y de repensarlo; quizá detrás de la moneda esté Dios” (636). La primera posibilidad apunta a la pérdida paulatina de concentración, para llegar —en este caso— a la nada, al vacío, mientras que la segunda coloca al Zahir como símbolo de la totalidad, de Dios. La pregunta que surge aquí es: ¿Es el Zahir sólo un recurso más de

Borges en su búsqueda de Dios? Arana considera esta posibilidad y sus implicaciones al afirmar que Dios se puede buscar en “el centro de las pesadillas y las obsesiones [...] Bien pensado, un Dios que se oculta en un talismán maldito, en una letra o en un libro perdido, es tan inaccesible que el hombre habrá de tener dificultades para reconocerlo aun cuando se encuentre directamente ante Él” (95-97).

A otros niveles, el Zahir es un símbolo de obsesión extrema, de alienación: algo que cualquiera puede encontrar por azar, que lo atrapa y lo transforma de manera irremediable y de cuyo hechizo no puede escapar: una aporía, un callejón sin salida: la reducción de las posibilidades de lo diverso de una vida a una sola cosa, a algo que no puede dejar de ser pensado ni sentido. Juan Pablo Dabove, quien ha estudiado el fenómeno del Zahir y su aparición en textos literarios más allá de la obra de Borges, menciona que la moneda es sólo un vehículo para la manifestación del Zahir, afirmando que éste es en realidad la imagen que está en la mente del narrador, y, especialmente, la experiencia que la ha generado. Dicha experiencia es definida por Dabove cuando este dice que el Zahir es “la fuerza [...] que anula tanto a los objetos como al estar delante de ellos en la representación” (106).

Al momento de buscar una explicación plausible del origen del concepto del Zahir y de los efectos que éste conlleva (más allá de referirse a éste como una monomanía), hay que señalar la tesis de Gene Bell-Villada, quien ha analizado la tradición islámica (a la cual el narrador atribuye el origen del Zahir) en busca de fuentes que pudieran haber inspirado el funcionamiento del Zahir en el relato. Como ya se ha aludido en el relato de Borges, en la hermenéutica islámica el concepto del “zahir” hace referencia a una interpretación exotérica del Corán, la cual se contrapone al concepto de “batin”, el cual está relacionado con lo no manifiesto, con lo que el texto sagrado oculta y que debe ser descifrado. Sin embargo, en el misticismo sufí se establece una conexión entre el zahir y el batin, puesto que toda manifestación del mundo sensible es vista como una reflexión del mundo invisible. Esta conexión también se evidencia en el relato de Borges, particularmente en la forma en que un objeto cualquiera —una moneda, en este caso— puede generar una obsesión que es inexplicable dentro del mundo sensible.

De igual forma, Bell-Villada señala que en el misticismo islámico existe un estado de trance llamado qabd (que literalmente significa “contracción”). Bell-Villada describe este proceso y hace referencia a cómo aquellos hombres que lo experimentan sólo tienen apetito y devoción por una obsesión que desarrollan, dejando a un lado todo lo demás. En cuanto a las causas de dicho estado, Bell-Villada dice que se debe al presentimiento de condenación, a una intuición de que se merece un castigo. Al aplicar esta idea en el relato de Borges podemos observar que el protagonista efectivamente siente una sensación de remordimiento por haber ido a beber después del velorio de su amada Teodelina, y es después de haber cometido esa falla que el protagonista recibe la moneda que será su Zahir. Bell-Villada también afirma que, de acuerdo a los místicos islámicos, el único remedio para este estado de trance y de obsesión es una completa sumisión hasta que pase por completo el estado, ya que si se trata de imponer la propia voluntad sobre él, la obsesión aumentará (que es lo que le sucede al protagonista del relato).

Por otra parte, también resulta sugestivo el argumento de Shlomy Mualem, quien al momento de explicar el origen del Zahir recurre a Schopenhauer, filósofo predilecto de Borges, y particularmente a la descripción que éste hace de la contemplación estética: “every concrete thing can serve as an object of aesthetic contemplation . . . artistic observation plucks the object of its contemplation from the stream of the world’s course, and holds it isolated before it” (126). De esta forma, Mualem logra establecer una relación análoga entre la contemplación estética descrita por Schopenhauer y los efectos que el Zahir genera en el individuo, aún los más terribles: “Schopenhauer declares that since the image of the object totally fulfills the genius’s mind, he forgets his own will-to-live and temporarily renounces his concrete personality” (128). Esta afirmación describe perfectamente el proceso que está atravesando el protagonista del relato de Borges.

Asimismo, Mualem también menciona que el Zahir puede ser visto como un microcosmos, y lo mismo sucede con el objeto estético en el pensamiento de Schopenhauer, dado que la imagen aislada del objeto es percibida como una pura objetivación de la Voluntad cósmica. Mualem también hace referencia a las características es-

peciales del Zahir como microcosmos: "In contrast to the Aleph, which manifests the entire universe, the Zahir is the only content of the microcosmic Zahir . . . the Zahir substitutes, rather than reflects, the universe: in the case of the Zahir the microcosm *becomes* the macrocosm" (134).

Borges comenta que para los cabalistas el Zahir puede ser —como el hombre— un microcosmos, un reflejo del universo. Quizá esto sea posible por la interconexión de todo, o por un principio irracional, o por el sometimiento a una existencia en el sueño. Lo cierto es que el microcosmos supone la autorreferencialidad: el todo contiene a las partes, y cada parte al todo. El pensamiento de Borges-autor, tal como lo ha manifestado en sus entrevistas, no es ajeno al idealismo, a la cábala, a la sospecha de que todo es sueño:

Según la tesis idealista, la realidad es representación: no es real lo representado ni tampoco quien lo representa. [...] La representación es una creación tan vana que infecta de irrealidad tanto sus imágenes como quienes las captan. La mirada de la serpiente paraliza a sus víctimas. El maleficio de la representación es más poderoso aún, puesto que convierte en ficciones los objetos, pero también a quienes se asoman a ella para observar el mundo. El tiempo, ese tiempo interior de las vivencias, es la forma que adopta en su despliegue el yo de las representaciones. (Arana 137)

Como afirma Berkeley, la visión de Dios es la que mantiene la existencia de las cosas cuando no las vemos; de manera similar, para la física moderna el observador hace parte del experimento, incluso en ocasiones —quizá— lo suscita. La realidad, como dice Schopenhauer, es mera representación, igual que los sueños.

Todas estas ideas establecen al Zahir como un elemento que instaura una relación de sustitución con el universo, proceso que se da a partir de la observación de un objeto por parte de un individuo. Sin embargo, más allá de que Borges haya declarado que la idea que le suscitó la escritura del cuento fue la de una moneda corriente que resultara inolvidable, el concepto del Zahir como experiencia que da origen a una obsesión está presente en formas diferentes en otros relatos de Borges, como "Deutsches Requiem."

"DEUTSCHES REQUIEM" (1944)

El Zahir aparece en este relato en el momento en el que Otto Dietrich zur Linde, protagonista de la historia, se desempeña como subdirector del campo de concentración de Tarnowitz y recibe como prisionero al celebre poeta judío David Jerusalem. Las primeras señales que nos remiten a la posible presencia del Zahir se evidencian en la descripción que hace zur Linde de uno de los poemas de Jerusalem: "Aún puedo repetir muchos hexámetros de aquel hondo poema que se titula *Tse Yang, pintor de tigres*, que está como rayado de tigres, que está como cargado y atravesado de tigres transversales y silenciosos" (620). Este fragmento nos remite a otro que se encuentra en el relato "El Zahir," en donde se hace mención a una de las formas de Zahir conocidas por el narrador: la imagen de un tigre: "Un faquir musulmán había diseñado (en bárbaros colores que el tiempo, antes de borrar, afinaba) una especie de tigre infinito. Ese tigre estaba hecho de muchos tigres, de vertiginosa manera; lo atravesaban tigres, estaba rayado de tigres, incluía mares e Himalayas y ejércitos que parecían otros tigres" (635).

Más allá de que ambos fragmentos compartan la expresión "rayado de tigres," la descripción que hace zur Linde del poema de Jerusalem parece reflejar una obsesión con la imagen de un tigre que se asimila a aquella descrita en el fragmento de "El Zahir." Cabría preguntarse aquí si la obsesión por la imagen del tigre viene del poema de Jerusalem (siendo éste la víctima del Zahir), o si es el propio zur Linde quien, en su lectura del poema, manifiesta abiertamente su Zahir, siendo víctima de éste.

Más adelante, en "Deustches Requiem," se nos dan indicios de que zur Linde está familiarizado con la idea del Zahir, con las diferentes formas en que se puede manifestar y con los efectos que éste puede generar en la mente de una persona: "Yo había comprendido hace muchos años que no hay cosa en el mundo que no sea germen de un Infierno posible; un rostro, una palabra, una brújula, un aviso de cigarrillos, podrían enloquecer a una persona, si ésta no lograra olvidarlos" (620). Sobresale aquí la referencia que hace zur Linde con respecto a la imagen de una brújula como Zahir, teniendo en cuenta que en el relato "El Zahir" el

narrador menciona una brújula entre los diversos objetos que han sido Zahir a lo largo de la historia.

Pero zur Linde no sólo manifiesta su conocimiento sobre el Zahir, sino que parecería dar a entender que conoce los mecanismos para generar un Zahir —en otra persona en este caso, David Jerusalem—, para usarlo como elemento de tortura y, finalmente, para obligar a la otra persona a quitarse la vida. Inmediatamente después de reconocer su conocimiento sobre el funcionamiento del Zahir, zur Linde manifiesta: “¿No estaría loco un hombre que continuamente se figurara el mapa de Hungría? Determiné aplicar ese principio al régimen disciplinario de nuestra casa y... [a] fines de 1942, Jerusalem perdió la razón; el primero de marzo de 1943, logró darse muerte” (620). La ambigüedad de la expresión “logró darse muerte” nos lleva a pensar en una lucha análoga a la del narrador del relato “El Zahir” con la imagen de la moneda, sólo que en el caso de David Jerusalem se nos presenta su último acto consciente antes de que el Zahir termine de apoderarse completamente de su mente: el suicidio (destino que probablemente también sufriría el protagonista de “El Zahir”).

De particular interés resultan los puntos suspensivos presentes en el fragmento de “Deutsches Réquiem” recién mencionado, los cuales van acompañados de una nota del editor que dice: “Ha sido inevitable, aquí, omitir unas líneas” (620). La combinación de los puntos suspensivos y la nota dan a entender que un evento importante ha sido censurado por parte del editor, debido a su gravedad. Dado el contexto en que los puntos suspensivos aparecen, vale la pena considerar la posibilidad de que lo censurado sea la confesión o explicación de zur Linde sobre el Zahir que utilizó para enloquecer a Jerusalem. De esta forma, el editor habría censurado estas palabras por temor a que el secreto fuera expuesto, por miedo a que alguien más conociera el funcionamiento del Zahir y lo utilizara contra otros.

“EL LIBRO DE ARENA” (1975)

Según el relato de Borges, el libro de arena es un libro sagrado editado en Bombay, en cuyo lomo se lee *Holy Writ*, esto es: el sagrado

mandato o la ley, que, como la Biblia, está escrito a dos columnas, con el texto apretado y ordenado en versículos. Las páginas muestran en la esquina superior el número de la página, sin embargo no puede decirse que las páginas estén ordenadas, sino que parecen dispuestas al azar. Otras propiedades del libro de arena son que toda página se puede ver sólo una vez (puesto que es imposible hallarla de nuevo) y que es un libro sin principio ni fin. El libro de arena ejerce desde el principio una atracción intensa en el personaje que lo adquiere:

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas [...] No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran, y después el recelo de que no fuera verdaderamente infinito. Esas dos inquietudes agravaron mi ya vieja misantropía [...] Prisionero del Libro, casi no me asomaba a la calle [...] De noche, en los escasos intervalos que me concedía el insomnio, soñaba con el libro. (70-71)

La obsesión, la reducción del mundo, el insomnio ocasionado por la concentración, la invasión del sueño, el aislamiento, son las condiciones de quien es poseído por el Zahir, que en este caso toma la forma del libro de arena, aunque con diferencias notables respecto a la moneda de veinte centavos del relato “El Zahir”.

Lo especial del Zahir como moneda es que es un objeto anodino y por tanto la atracción que ejerce es inexplicable y absurda. Su analogía con el Universo denota el absurdo, su ausencia de sentido. Mientras tanto, el Zahir como libro de arena presenta una imagen abierta a la indagación, a una lectura en potencia total, aunque azarosa y fragmentaria —como toda lectura— y en ello radica su fuerza de atracción. Pero es también un muro que ofrece resistencia a la comprensión dada la ausencia de orden que impide el acceso al conocimiento, pues éste no es otra cosa que una estructura determinada de conceptos.

La resistencia que opone el libro de arena, que llega a convertirlo en un objeto “monstruoso”, está basada en su pretensión de encerrar, de contener, el infinito. Juan Arana comenta al respecto lo siguiente:

Estamos demasiado acostumbrados a nuestros perfiles y límites para aceptar perderlos; este es el precio mínimo que habría que pagar por la infinitud y, quien más, quien menos, todos tememos que entonces también nos perderíamos nosotros mismos. Por eso tampoco se atreve nadie a medir directamente su intelecto con el infinito. Los matemáticos lo consideran de manera indirecta y sesgada, guardando inestables equilibrios entre simétricas series infinitas contrapuestas. Los teólogos y los filósofos que supieron mantenerse cuerdos siempre dijeron que en nuestra boca el infinito es poco más que una palabra: es un gesto, un ademán, un símbolo que quiere dar por concluido lo que apenas ha empezado [...] En cuanto a nosotros, la sombra del infinito tiene, las pocas veces que nos toca -p. ej., en los regresos al infinito que protagoniza la conciencia, o en algunas paradójicas metáforas-, un sabor amargo, inquietante, demasiado próximo a la cárcel de la demencia. (97-98)

El misterio del Zahir en su forma de moneda y de libro de arena está fundado en que ninguno de los dos se deja descifrar, ambos lo ocultan todo: la moneda detrás de lo ínfimo, del cero, de la mudéz; el libro de arena detrás de la totalidad, del infinito, de su posibilidad de decirlo todo. La obsesión que ocasionan es ciega, sin sentido, sin finalidad, como es la naturaleza de la fuerza que controla todo en la metafísica de Schopenhauer: la Voluntad. La moneda y el libro de arena no ayudan al hombre a conocerse o a conocer el mundo. Señalan que esta es tarea inútil, pues según Borges el atributo principal del Universo es la complejidad, y no es de esperar que el raciocinio arroje mejores respuestas que los sueños o las fantasías. El Zahir es como el Árbol del Bien y del Mal del Paraíso Terrenal: consumir sus frutos sólo conduce al extravío, a la locura o a la nada.

El Zahir es una manifestación de la Voluntad, que atrapa a sus poseedores, o simplemente a quienes lo han visto, pues exacerba en ellos la voluntad de conocer. El libro de arena expresa lo infinito de la Voluntad. Lo infinito es carencia de forma, esto es: imposibilidad de estructuración y comprensión, así como también carencia de sentido, por cuanto no tiene comienzo ni fin; en otras palabras: se rebela a tener un origen y una finalidad.

Igual que sucede con la moneda, en el caso del libro de arena la única salida es deshacerse de él, abandonarlo al azar en una

biblioteca, creer en poder alejarse de su influencia: "Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta" (71). No obstante, tal esfuerzo podría ser inútil, como señala Juan Arana:

Nuestra ignorancia llama azar al factor que desencadena los acontecimientos que no somos capaces de relacionar con una ley, un fin reconocido o un agente responsable. Los principios de causalidad y razón suficiente son cláusulas establecidas para impedir que, cuando no encontramos nada de eso en la esfera del conocimiento, lleguemos a pensar que tampoco existe en el plano de las cosas mismas. (77-78)

Curiosamente, la forma en que el personaje de "El libro de arena" se deshace —en apariencia— exitosamente de su Zahir es una de las opciones que se plantea el personaje de "El Zahir" al momento de pensar como deshacerse de la moneda: "esconderla en un rincón de la biblioteca hubiera sido lo mejor" (632-33).

"TIGRES AZULES" (1983)

En este relato, al igual que en "El Zahir" y en "Deutsches Requiem," la imagen de un tigre está asociada con la obsesión generada por un Zahir. En el cuento el narrador, un profesor de lógica llamado Alexander Craigie, viaja a una aldea de la India en busca de un tigre azul, del que ha recibido informaciones en la realidad y en el sueño. Alexander no halla en el poblado señales claras de la existencia del tigre azul y, por simple curiosidad, se le ocurre subir a la meseta que se alza al lado de la aldea. Cuenta su plan a los lugareños pero éstos, consternados, tratan de disuadirlo, argumentando que aquellos que suben dicha cumbre: "corrían el albur de ver la divinidad y de quedarse locos o ciegos" (383).

En la advertencia que le hacen hay tres elementos clave acerca de lo que puede encontrar allí: Dios, la locura y la ceguera, que son —en sí mismos— tres efectos de ver o poseer el Zahir en cualquiera de sus manifestaciones. Ver el Zahir es como ver a Dios: su totalidad atrapa por siempre la mente del observador, la copa y borra el mundo como representación.

La mera captación del color, de ese color tan especial de los tigres azules, desata en Alexander el temor, aún cuando en lugar de encontrar el tigre de su sueño encuentra unas piedras del mismo color: "Ojalá no lo hubiera visto nunca," exclama el narrador al recordar el primer momento en que las vio. Más adelante, al igual que el protagonista de "El Zahir" con la moneda, Alexander manifiesta su intención de no mirar el objeto y alejarlo de sí, reflejando de igual forma su miedo y su esfuerzo por sacarse de la mente el recuerdo obsesivo: "Para no pensar en los discos, para poblar de algún modo el tiempo, repetí con lenta precisión, en voz alta, las ocho definiciones y los siete axiomas de la Ética. No sé si me auxiliaron" (384).

Un personaje del relato, el indio Bhagwan Dass, suministra al protagonista una idea acerca de los discos: "— ¡Son las piedras que engendran! — exclamó—. Ahora son muchas, pero pueden cambiar. Tienen la forma de la luna cuando está llena y ese color azul que sólo es permitido ver en los sueños" (385). Quizá el sueño, donde no existe el tiempo porque todo es presente y el relato no requiere de lógica, donde la pesadilla no es extraña y todo es posible sin censura, sea el escenario adecuado donde se lleve a cabo un contacto no destructivo con el Zahir, sin los efectos que ocasiona en el estado de vigilia.

Es conveniente indicar que en el caso de los "Tigres azules" la monstruosidad del Zahir no sólo está asociada con la infinitud, sino con la violación del fundamento más firme del pensamiento que es la lógica, violación manifiesta en la eliminación de la categoría aristotélica de cantidad, en la imposibilidad de seguir creyendo en el acto básico de la aritmética que es el conteo. El Zahir en "Tigres azules" está enfocado entonces en aquello que más podría afectar a aquel que lo padece, que en este caso es un profesor de lógica: el cuestionamiento de la razón. De ahí que Alexander afirme: "A mí, Alexander Craigie, me había tocado en suerte descubrir, entre todos los hombres de la tierra, los únicos objetos que contradicen esa ley esencial de la mente humana [...] Si tres y uno pueden ser dos o pueden ser catorce, la razón es una locura" (386).

Hacia el final del texto, Alexander, sin intervención de su voluntad, logra deshacerse de las piedras azules. Un mendigo ciego

en una mezquita se las pide todas, como limosna y como castigo. "He pecado", le dice el mendigo al protagonista, y después agrega: "— No sé aún cuál es tu limosna, pero la mía es espantosa. Te quedas con los días y las noches, con la cordura, con los hábitos, con el mundo" (388). Estas palabras dan lugar a varias preguntas: ¿es peor el tiempo, o la conciencia, que el Zahir?, o ¿es el tiempo o la conciencia un Zahir?, o — quizá mejor — esto nos lleva a considerar que el Zahir es la conciencia inevitable del tiempo del cual somos prisioneros y cuya única salida es la locura o la ceguera, es decir: la indiferencia total.

Los ejemplos dados anteriormente reflejan la presencia y el desarrollo de una idea a través de varios relatos, aspecto recurrente en la obra de Borges. En este caso se evidencia una traslación de obsesiones que confluyen en la aparente insignificancia del objeto que las produce y en el devastador efecto que generan sobre la mente de un individuo. No pretendo afirmar que estos son los únicos textos del autor argentino en donde se pueden rastrear las huellas del Zahir. Incluso el lector curioso puede asumir este análisis como un primer paso para indagar acerca de la aparición de este tema en otros cronotopos diferentes a los establecidos por Borges en su obra. De ahí que aquel desesperado que exclama "¡Quiera Dios que nunca los hubiera visto o que, después de verlos, hubiera muerto!" no sea ninguno de los personajes de los relatos de Borges señalados anteriormente, sino la reacción de un hombre apesadumbrado que observa los dientes de su amada prima, Berenice, en el relato de Edgar Allan Poe.

Andrés Forero  
University of Iowa

#### OBRAS CITADAS

- Arana, Juan. *El centro del laberinto: los motivos filosóficos de Borges*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 1994.
- Bell-Villada, Gene. *Borges and His Fiction: A Guide to His Mind and Art*. Austin: University of Texas Press, 1999.

- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 2005.
- Dabove, Juan Pablo. "La sombra de la rosa (sobre 'El Zahir')". *Borges ocho ensayos*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1995.
- Laera, Alejandra. "De la periferia al imperio: inflexiones de la relación entre ficción y dinero en 'El Zahir' y 'El Otro'". *Variaciones Borges* 23 (2007): 37-49.
- Mualem, Shlomy. "Borges and Schopenhauer: Aesthetical Observation and the enigma of 'El Zahir'". *Variaciones Borges* 21 (2006): 107-37.
- Núñez Faraco, Humberto. "The theme of lovesickness in 'El Zahir'". *Variaciones Borges* 14 (2002): 115-55.
- Poe, Edgar Allan. *Narraciones extraordinarias*. Madrid: EDAF, 1981.
- Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. México: Editorial Porrúa, 1987.